

ENRIQUE P. OSÉS

Cuando la Patria Grite: ¡Ahora Yo!

Cuadernos Nacionalistas

Queremos, deseamos con toda la vehemencia de una ardorosa pasión argentina, la unión de todos los argentinos. No nos vamos a enfrascar más en discusiones bizantinas, en controversias de cenáculos, en la elaboración de programas que ya están hechos, masticados y digeridos hasta el cansancio. Queremos tener los músculos ágiles y sueltos del Movimiento, y no son las armaduras para el año 40 del siglo XX. Rectificaremos este concepto o aquél, de acuerdo al ritmo de la lucha. No nos planteamos siquiera ni una definitiva forma de gobierno, ni un sistema definido, a imitación de formas y sistemas forasteros. En la raíz profunda del alma nacional, los abogados nos han hecho las leyes, pero en cambio, los caudillos nos han hecho la Patria. Hablaremos con todos los argentinos, en campos y en caminos, en la ciudad y en las fábricas, pero no queremos ya ni oír hablar siquiera de partidos políticos, ni de profesionales políticos. Sostenemos que el Movimiento liberador nacionalista se ha gestado sin ellos, se ha desarrollado sin ellos y seguirá su rumbo cierto, inflexible, sin ellos y contra ellos.

(Del segundo Cuaderno Nacionalista).

Enrique P. Osés, tiene amigos en todas partes, como buen criollo que es. En ningún rincón de la Patria le falta nunca un rancho donde hacer noche.

Así es como, inmediatamente de realizarse el acto de desagravio en esta Capital, llovieron las solicitudes desde los puntos más distantes de la República para que el "camarada mayor", como justicieramente ya se le llama, honrara a esas ciudades con su visita. Y bien; luego de estructurarse el programa a cumplirse en las giras, quedó establecido que la Santa Fe de la Vera Cruz, la Santa Fe de Estanislao López, fuera la primera en ofrecerle una tribuna, y fueran los santafecinos, los primeros argentinos de tierra adentro que se dieran el gustazo del cordial apretón de manos.

Y fué entonces, que en una sala repleta de público y vibrante de un casi desconocido entusiasmo, Osés, pronunció el discurso que aquí transcribimos.

No puede decirse de esta pieza que toda ella corresponda a un estilo nuevo, para su elogio, porque en sus expresiones mucho hay que el país ya conoce: la prosa cortante, trozos de la verdad desnuda que usaron nuestros fecundos y beneméritos forjadores de la Patria grande y libre. Pero tampoco, este verbo, tiene íntegramente sello antiguo. Porque el pasado no se revive nunca más y el presente trae también consigo sus problemas.

El discurso de Osés es, pues, esto simplemente: un discurso de Osés. Otro discurso de Osés, que el país tiene necesidad de conocer y analizar porque es síntesis y desarrollo de la doctrina del Nacionalismo, esto es, de la inminente política que va a regir nuestros destinos y que logrará la Argentina grande, fuerte y justa, que todos los hombres de bien estamos queriendo.

Pronunciado en la ciudad de Santa Fe,
el 14 de octubre de 1940.

Señoras, camaradas, amigos:

Han querido ustedes —unos iniciándolo, como la Unión Nacionalista Santafesina zona Norte, otros pres-tándole su concurrencia— realizar este acto de amistad hacia un hombre que no tiene otro mérito, si es que al-guno tiene, que interpretar, en la forma que está a su al-cance, escribiendo o hablando, un gran sentimiento ar-gentino. Yo agradezco desde ya esta demostración, que me obliga, como obligan siempre las solicitudes cariño-sas, a redoblar mis esfuerzos, a no desmayar en la lucha, a seguir en ella, cueste lo que cueste, así vengan dego-llando, a afrontar persecuciones, cárceles, lo que sea, a desafiar calumnias babosas, a todo, en fin, porque hace un rato largo ya, no he echado mi honra a los perros, según dijera alguien de sí, alguna vez, sino que he desnudado mi conciencia ante Aquél para quien no caben subterfugios, ni segundas intenciones, y al que deberemos rendir estrechas cuentas, el día que Él lo quiera. Yo agradezco, en nombre de tantos camara-das como a lo largo y a lo ancho de la Patria, sienten y piensan y esperan igual que yo, esta noche, que, por feliz coincidencia, en esta ciudad de Santa Fe, me per-mite, tal vez en instante providencial, fijar algunas de las características de nuestro movimiento, tan vilipen-diado por unos, tan escasamente comprendido por otros, tan estupidamente sentido por nosotros, que nos que-ma por dentro como un fuego. Acaba Santa Fe de la Vera Cruz de rendir un homenaje a Cristo Eucarístico. Hace cinco años que recorro, cuando el pesado laborar

periodístico lo permite, la República, dejando prendidos, lo sé, pequeños fogones patrios para mañana. Y cada vez que he llegado a una ciudad, para hablar en ella por primera vez, he sentido, dejadme que lo confiese porque es verdad, no un temor pueril, sino un gran respeto. Hay en nuestra Patria, la ciudad babélica, internacionalizada como una concesión de Shanghai; hay la ciudad fabril, industrial, como un horno bullente; hay la ciudad recoleta y recogida como un claustro; hay la ciudad a través de cuyas calles, el hombre transita como entre azahares; hay la ciudad adormecida y la ciudad vibrante; hay la ciudad echada a perder por el cemento armado y hay la ciudad ennoblecida por el adobe criollo; hay la ciudad del cabaret y la ciudad del estudio; la ciudad de la fe, y la ciudad descreída; la ciudad en la que todos nos conocemos hasta los suspiros, y la ciudad en la que, el más inmenso grito de dolor, se apaga detrás de una carcajada. Llego hoy de Santa Fe, que he recorrido despaciosamente, gustosamente, sintiéndola hermanada en mi ánimo y sintiéndola también, lo digo sin ambages, porque es verdad, herida en las angustias de sus rancharíos aledaños, en la miseria callada de una pobreza sin consuelo humano. Por eso, con todo el respeto que esta ciudad, como todas las de mi Patria, merece, quiero hablar aquí de lo que desborda el corazón, a través del discernimiento. Vengo a hablar aquí, de la raíz profunda, entrañable del nacionalismo. Vengo a hablar aquí, de nuestro movimiento incontenible; vengo a hablar aquí, como en el verso del poeta, "de esto que tengo de arcilla, de esto que tengo de Dios".

Idea patriótica.

Una esperanza inmensa llena nuestra alma. Los que hemos tenido la dicha y la gracia de beber en el seno

de nuestra madre, junto con la leche nutricia, la fe en Dios, teníamos que confluir, como un solo hombre en la solución de los males que afligen a nuestra Patria. No es necesario ser sabio, para ver dónde está el mal. Los pueblos como el nuestro jamás apostatan. Quienes los llevan por falsos derroteros son sus dirigentes, los mismos que no tienen empacho en elevar una oración pública a la Eucaristía, mientras en la realidad del gobierno, transigen con todas las componendas, sin que tengan siquiera a su favor, el pretexto de una postura política circunstancial.

Quienes llevan a los pueblos a su derrumbe, a su ocaso, son las fuerzas tenebrosas que dominan su vida espiritual, su vida económica, su vida social. Quienes hacen de pueblos libres, pobres pueblos esclavos, son el liberalismo, el capitalismo y el marxismo. El liberalismo, porque en la raíz misma de su esencia, no es sino la rebelión del hombre contra su creador; el capitalismo, porque en su forma más directa, es la confabulación siniestra de los intereses económicos y materiales, sobre los derechos esenciales del hombre, ser libre; con un alma inmortal y un fin sobrenatural; el marxismo, en fin, en sus múltiples manifestaciones, porque es el odio fomentado con un celo satánico, por quienes tienden, no a la justicia social, al bienestar del pueblo, al reinado de la Verdad, sino al fin de la sociedad cristiana, al reinado del Anticristo.

Los males argentinos.

Era, pues, a nosotros, a quienes tocaba, en estas horas, señalar el fondo mismo de los males argentinos. Si muchos han andado a tientas, tanto tiempo, no fué sino porque abjuraron de su deber; si muchos han demorado en plegarse a nuestras filas, es porque les ha faltado el coraje para comenzar desde el principio.

Ahora son millares y millares de argentinos los que encontraron la vieja luz que no se extingue. Ahora son millares y millares, los argentinos que han jurado, como aquel otro desengañado de los hombres mortales y pasajeros, "no más servir a Señor que se me pueda morir".

Fe en el triunfo.

La Patria no muere, amigos. Todos los que van contra la Patria, son nuestros enemigos. Y todos, si está en nuestras manos, perecerán o pereceremos nosotros.

Esta es la demanda. Esta es la lucha en que estamos empeñados. Y que sólo concluirá con un triunfo y con una derrota. Y yo les aseguro, como si lo estuviera tocando con estas manos, que el triunfo es nuestro, absoluto, total, irrevocablemente nuestro.

Espada y cruz.

Acaba de transcurrir un nuevo aniversario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Acabáis de celebrar un Congreso Eucarístico. He aquí lo que yo llamo circunstancia providencial.

Nuestra Patria, igual que toda América, surgió a la vida, por la Cruz y por la Espada. La conquista no fué una empresa mercantil o una operación comercial, sino la expansión natural, lógica, un maravilloso ímpetu espiritual de una fe magnífica.

Tengamos bien presente esto. Guerreros y frailes, espada y cruz, conquistaron a América. Cuatro siglos después, iba a ser la Espada, otra vez, quien nos diera Patria. Iba a ser la Cruz, quien la fuera abriendo ante el camino. Y ya pueblo independiente, nuestra Patria fué haciéndose palmo a palmo, en el desierto, por la Cruz

misionera y por la Espada guerrera. He aquí nuestra auténtica tradición. la única tradición argentina: la Cruz de Cristo y sus milicias; y la Espada, con empuñadura en Cruz, de sus militares. ¡Qué tradición liberal ni qué arroz con leche!

Nos independizamos de la madre España, en nombre de nuestro derecho a ser pueblo libre, y porque España había dejado de ser, por culpa de sus gobernantes afrancesados y liberales, la España de Isabel y de Fernando. Y echamos de nuestro suelo, por dos veces a los ingleses, no con razonamientos teológicos, sino con cañonazos, espadas y aceite hirviendo cuando ya no había balas, porque con los ingleses, nos venía también el pueblo que apostató. Esta es la tradición guerrera y cristiana de la Patria. Y cuando San Martín y Belgrano, Güemes y Espora, y mil héroes más, no sólo nos dieron la Patria libre, sino que de regalo, dieron la libertad a media América, y alentaron a la otra mitad a libertarse, cuando en el Congreso de Tucumán, esa mayoría de clérigos, juró nuestra Independencia, he aquí que tuvieron que llegar los liberales enciclopedistas, empachados de Rousseau, los leguleyos francmasones de todas las logias, a darnos una Constitución.

Magnífica para todos, menos para los argentinos, una organización, libérrima para todos, menos para los argentinos; una democracia estupenda, para todos, menos para los argentinos. Quiere decir, en resumen, que lo que conquistamos por la Cruz y la Espada, como los pueblos fuertes y dignos, lo perdimos por los mercachifles de las leyes, en el mercado de la compraventa de nuestra libertad verdadera, de nuestra fuerza moral, de nuestra soberanía nacional.

Nacionalismo.

Entiéndase bien, pues. Esto de hoy, no puede ser

una disertación académica, porque no es sino un breve resumen de Nacionalismo. Nuestro Nacionalismo, por tradición, ahinca sus raíces en lo más profundo del alma patria.

La fe en Cristo. He aquí nuestro punto de partida. Y nuestro Nacionalismo es también revolucionario, porque nuestra verdadera tradición, es, asimismo, guerrera. Y cuando hay que demoler un edificio, no se amontonan palabras pacifistas, sino que se utilizan las herramientas necesarias, cuanto más fuertes mejor.

Y nosotros tenemos que echar abajo, y vamos a decirlo una vez más, con todas sus letras, lo permitan o no decretos o resoluciones, el edificio podrido de la organización social, económica, financiera, política y espiritual, de la República Argentina.

Esta es nuestra Revolución: la Revolución nacionalista, la que no podrá ser conjurada, porque no conspira ni realiza motines; la que no podrá ser tergiversada, porque no busca alianzas con nadie; la que comienza por restablecer la verdad en el centro mismo de todo el sistema, de todo el nuevo orden que queremos organizar y estructurar, para la Patria.

Cuestión social.

Cuando la saliente de una rueda dentada, encaja exactamente entre dos salientes de otra rueda dentada, todo el engranaje de la máquina, así sea ésta la más gigantesca, marcha sin obstrucción ni dificultad, suavemente. Cuando un pueblo organiza su sistema integral, según el sistema cristiano de la fe, toda la sociedad marcha hacia su destino, sin tropiezo ni obstáculo.

En nuestra patria, el liberalismo rompió la armonía de ese sistema cristiano, fuera del cual, todo es desorden, anarquía, caos y destrucción.

Con el liberalismo, nos llega la subversión, que él

mismo postula. En el orden filosófico, porque separa y divide al hombre de su Creador; en el orden económico, porque genera lógicamente, la superfectación, la dominación de una clase sobre las demás; en el orden social, porque, consecuentemente, provoca la reacción de los oprimidos, de los olvidados, de los débiles. Del liberalismo nace el capitalismo. Y del capitalismo, nace el marxismo. Como de éste, nace a su vez, el comunismo. Que es, señores, en su esencia exacta, y no política, no una reivindicación de clase, no una reivindicación proletaria, sino el reinado, la dominación del Espíritu por la Bestia. No hay lucha que valga contra esto, si no vamos a su génesis. No pueden atacarse los efectos sin suprimir las causas. Por eso no perdemos tiempo ni vamos por las ramas. Nuestra lucha real es contra el liberalismo. Y esta lucha es la que da su sentido virtual, al Nacionalismo Argentino.

Repudio al liberalismo.

Rechazamos todo el liberalismo, en bloque. Rechazamos el liberalismo en lo político, porque el derecho individual, que el liberalismo postula, no concluye en cuanto comienza el derecho de otro individuo, sino que desaparece por completo, en cuanto los individuos no son seres aislados, sino que viven en comunidad. Y, por lo tanto, es la suma de los derechos individuales reunidos en sociedad, los que el Estado debe atender, proteger y amparar. No el derecho mío, ni el tuyo, ni el de aquel otro. El Estado nacionalista, que es un Estado ético, no puede admitir ni tolerar el derecho al error, que el liberalismo sostiene, porque si mi error o mi libertad, atentan contra la comunidad, el Estado nacionalista no va a tolerar que esta comunidad, padezca por la libertad incontrolada de sus componentes.

Todas las libertades liberales —que no son liber-

tades más que de nombre, porque en el hecho no existen sino en apariencia— no caben en el nacionalismo. Yo, por ejemplo, tengo libertad para escribir, para hablar. Pero si lo que yo escribo o lo que yo hablo, atenta contra la Verdad, que es una sola, entonces el Estado nacionalista interviene, no para impedirme que yo escriba o hable tal o cual cosa, sino para evitar que mis errores, lleven la comunidad al desorden, a la anarquía, a la desunión, al caos. Otro ejemplo. Yo soy libre para dar mi voto ciudadano, pero si de la totalidad de los ciudadanos, por el medio electoral, como sucede hoy, surge un mal mandatario, el Estado nacionalista impide ese error. ¿Cómo? ¿Impidiendo la libertad de elegir? No. Condicionándola, reglamentándola. Yo puedo elegir bien a quien conozco, dentro de mi gremio, de mi sindicato, de mi corporación. No puedo elegir bien a quien no conozco ni de nombre. El Estado nacionalista substituye, pues, la agrupación de los ciudadanos en partidos políticos y los agrupa y organiza en corporaciones afines. Por eso, amigos, los partidos políticos desaparecen con el nacionalismo. Por eso, también, los partidos políticos se defienden del nacionalismo como gato panza arriba.

Régimen dañino.

La organización político-electoral-liberal es, pues, rechazada por el nacionalismo. No puede ser nacionalista, no es nacionalista, entonces, quien crea, apoye, o sostenga el régimen electoral vigente y quien no rechace, como se rechaza lo indeseable, lo turbio, lo dañino, lo miserable, a los partidos políticos, tengan el nombre que tengan, se disfracen como se disfracen, se agrupen como se agrupen. No pueden ser nacionalistas, ni el ingenuo, ni el tonto, ni el pillo. No puede ser nacionalista el ingenuo, porque creer en las lágrimas de coco-

drilo y en los propósitos de enmienda de los políticos, es ser más inocente que un bebé de teta. No puede ser nacionalista el tonto, porque se puede ser tonto, sí, una vez, dos y tres veces, pero si se es tonto diez veces, entonces hay que mandarlo al tonto a que le revisen la sesera. No puede ser nacionalista el pillo, porque en materia de pillerías político-electorales, ni el más sabio, ni el más inteligente de los nacionalistas puede competir con el último analfabeto caudillo de comité.

El monopolio, reducto de la economía liberal.

El Nacionalismo rechaza también la organización económica liberal, que ha desamparado al individuo y ha creado la trustificación capitalista, el monopolio y el superestado financiero. El Nacionalismo rechaza esta organización de clase, de clase capitalista, a la que la República le debe hoy, no ser dueña ni de la tierra, ni del subsuelo, ni del aire, ni de los caminos, ni de los puertos, ni de los ríos, ni de los transportes. Esta organización capitalista, trustificada, monopolizada, a la que la República le debe no ser dueña, como debe serlo, de su producción, de la comercialización de sus riquezas naturales, de su trabajo, de sus capitales, de sus intereses. Esta organización capitalista, camaradas y amigos, que se las ha ingeniado de tal modo, a través de los años y los años, como para que sólo el 5 por ciento de la tierra sea propiedad del que la trabaja; como para que el obrero de la fábrica, con cien leyes de protección, no tenga nunca seguro el pan de mañana, ni el porvenir sagrado de sus hijos; para que el empleado viva con el Jesús en la boca, a cada vuelta de la veleta política; para que el comerciante y el industrial sean los eternos paganinis de los presupuestos; esta organización capitalista, en fin, cuya injusticia siniestra se revela día a día, en detalles espeluznantes que hacen

gritar de indignación a los hombres libres, y llenan de ira el corazón de los oprimidos.

El Nacionalismo quiere asentar la organización económico-social de la República, no sobre los intereses de treinta firmas extranjeras que monopolizan hasta el aire que respiramos, sino sobre los intereses del trabajo. El Nacionalismo no reconoce más interés que el proveniente del trabajo social. El capital, por el hecho de serlo, no puede dar beneficios, sino cuando está al servicio de la colectividad. El interés del capital, no puede emigrar hacia el exterior, sino que debe convertirse en nueva sangre circulatoria por el organismo nacional. Los monopolios —fruto último y lógico de la economía liberal— esclavizan a los hombres y a los pueblos. El Nacionalismo, pues, señores, no puede ser sino anticapitalista, antimonopolista, antipolítico, antiliberal, en una palabra.

El que admita o sostenga, por esos sofismas que la prensa colonial difunde porque le conviene a su mostrador, que debemos nuestra civilización al ferrocarril de capital extranjero, ese no es un nacionalista, sino un entregador más de lo argentino. Su puesto está entre los cipayos. El que sostenga que no se puede comercializar nuestras cosechas sin que las grandes firmas judías no metan sus garras acaparadoras en ellas, disponiendo los embarques y los destinos del cereal, controlando toda la producción, el que sostenga eso no es un nacionalista, no es un argentino, sino un ser con pasta de esclavo o de buey. El que sostenga que no tenemos más mercado para nuestras carnes, que Inglaterra, y que por eso debemos aceptarle a Inglaterra sus frigoríficos, su tratado Roca-Runciman, su comité de fletes y sus mismos impuestos internos, ese no es un nacionalista, sino un borrico que se conforma con los palos y con el pienso más miserable. El que sostenga que es muy difícil romper con esta organización capitalista, y se declare

de antemano vencido, ese, que se vaya a cualquier parte, pero no venga al Nacionalismo.

Aquí todo lo podemos hacer. Pero hay que tener primero el coraje de hacerlo. Ahora mismo, se está vendiendo la tierra argentina que sale a remate a las firmas judías de Hirsch, de Bemberg y de Bunge y Born. Tierra nuestra, tierra flor, que devuelve el mil por uno del trabajo. Pero no se vende a un futuro pequeño propietario, sino a un eterno arrendador. ¿Qué gobierno, radical o conservador, se atreve a impedir esa venta, que es una entrega? Ninguno. Porque los gobiernos políticos necesitan dinero, y como duran unos pocos años en el poder, siempre es escaso el tiempo que queda para los latrocinios. Ahora mismo se acaba de entregar el monopolio de los transportes en toda la República, inclusive sus vías fluviales, al capital extranjero, por 56 años. ¿Qué gobierno político es capaz de impedir tal crimen, si los gobiernos políticos no viven el presente sino hipotecando el porvenir?

No. La organización económica vigente, de tipo liberal capitalista, es la que debe desaparecer. Y si hoy no somos totalmente esclavos del capital extranjero monopolizado, no es porque éste no lo quiera así, sino porque ha aprendido que no es conveniente matar la gallina de los huevos de oro. Estamos, pues, apretados del cogote, pero no tanto como para que la asfixia nos mate. Ahora bien. Si hay argentinos con vocación de semi-ahogados, allá ellos. Los nacionalistas queremos respirar el aire patrio, con toda la amplitud de nuestros pulmones. Y para ello, hay que desembarazarse de todas las cargas.

Hay un apólogo que nos viene aquí, como anillo al dedo. Descansaba un león, en medio de la selva. Por sus anchas patas, subían hormigas coloradas, silenciosamente. Al principio, el lento subir por las zarpas, producía al león un agradable cosquilleo. Cuando la

falange de hormigas invasoras, llegaba ya más arriba y pretendían subir al amplio lomo del rey de la selva, éste en un gesto violento, se sacudía entero, y las hormigas caían. Pero por ahí, el león se quedó dormido. Volvieron a la carga las fuerzas invasoras. Subieron por las corvas, ascendieron por el lomo, le rodearon el cuello, recorrieron la cabeza enmelenada. Cuando el león despertó, porque las hormigas se le metían en las orejas y por los ojos, revolcóse airado, sacudióse como un titán aprisionado, rugió haciendo estremecer la selva. Inútil ya. Las voraces hormigas, eran ya dueñas del cuerpo del rey, que fué muriendo poco a poco, deglutido por la invasión. No queremos, para nuestra Patria, este triste destino. Desembaracemos el organismo nacional de todos los invasores de su economía y de su espíritu; de su cuerpo y de su alma.

Sabemos quiénes nos gobiernan.

No se nos puede engañar más. El Nacionalismo está al cabo de la calle de los males argentinos.

Es posible que todavía haya ciudadanos idiotas, ilusos o cómodos, que crean en la honestidad de los partidos políticos. Nosotros no. Nosotros sabemos más, muchísimo más de lo que decimos y escribimos diariamente. Sabemos el precio exacto de muchas traiciones, de muchas transacciones, de muchos cambios fantásticos de los profesionales de la política. Nosotros sabemos mediante qué premios se obtienen alianzas que desconciertan a tantos incautos. Nosotros sabemos quienes manejan nuestras finanzas, dónde están las fuerzas ocultas que mueven y absorben la economía de la Nación. Nosotros conocemos, cómo en los trusts del capital extranjero, se elaboran las leyes argentinas que, de una pluma, entregan las riquezas vitales de la Patria. Nosotros sabemos que mientras se dictan decretos restric-

tivos de la inmigración entran al país, en sólo los últimos seis meses, 30.000 judíos. Nosotros sabemos qué reparticiones fundamentales del gobierno, son instrumentos del judaísmo internacional, como sabemos que todo un partido político, puede ser girado por un consorcio extranjero o por cuatro o cinco grandes terratenientes y rentistas.

No seríamos necios o tímidos si calláramos, sino canallas.

Realidad argentina.

Y yo quisiera hablar mano a mano, con cada argentino distribuido en todo el territorio de la Patria, para gritarle las verdades que no conoce, porque lo que le dicen los caudillos políticos es mentira, lo que lee en los grandes diarios y en los pasquines es mentira, y lo que le proclaman en grandes palabras sonoras, es mentira también.

Yo quisiera decirle al obrero: ¡Oyeme, amigo camarada, hermano mío! Hace cuarenta y cinco años que todos los hombres políticos, de todas las tendencias políticas, te dicen que te están defendiendo, y con un centenar de leyes que te han fabricado, no encuentras trabajo para mantener decorosamente a tu mujer y a tus hijos, y cuando trabajas, apenas ganas para vivir y no estás seguro jamás del pan de mañana. Sigue gritando, viva la democracia, cuyo sentido no conoces sino por el más crápula de los pasquines, y los hijos de tus hijos, serán tan miserables como tú. ¿Qué esperas, camarada, hermano mío, para dejar caer tu puño airado, sobre la cabeza del primer caudillito político que te venga a hablar de justicia social?

* * *

Yo quisiera decirle al trabajador de nuestros cam-

pos: al granjero, al viñatero, al agricultor, al recolector de la caña de azúcar o del algodón: "Hace cincuenta años que todos los gobiernos te vienen haciendo leyes de colonización, leyes de propiedad de la tierra, y todavía no eres dueño de lo que trabajas, ni tienes un rancho tuyo, ni puedes vender el fruto de tu trabajo, sino al intermediario ladrón. Sigue escuchando, cada vez que se acerca un acto electoral, al caudillo de tu zona. Y verás que mañana, ni siquiera el aire puro que respiras, será tuyo.

Yo quisiera decirle al padre de familia: Educa a tu hijo, sacrificate por él, lucha con uñas y dientes, por mantener tu hogar. Vota escrupulosamente en cada elección, sabiendo en lo íntimo de tu conciencia que das tu voto a un pillastre. Pero no llores mañana sobre la desgracia de tu hogar, sobre tu hijo rebelde y tu hija prostituída.

Y yo quisiera decirle, por fin, a muchos hermanos nuestros en la fe, uno por uno: Cumple, sí, con tus deberes de cristiano. No dejes de asistir a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Comulga siquiera una vez por Pascua. Pero no te encierres, por Dios, en tu egoísmo. No le busques cinco pies al gato, que tiene cuatro. No esperes que los demás sean perfectos, para arrimar tu hombro al esfuerzo que realizan, porque la perfección es humana. Y porque tu defección del deber, es un puesto vacío en la lucha, y por ese puesto que tú has dejado vacío, nada valdrán, en la hora de la justicia, tus otras virtudes.

Anhelo nacionalista.

Yo quisiera decirle... Pero no. El nacionalismo quiere decir a todos los vientos, su verdad. No tiene, empero, sino escasos medios. El nacionalismo no tiene tras de sí, banqueros, rentistas, empresas capitalistas,

oro extranjero, para multiplicar su voz y sus medios. De ahí esta marcha lenta, esta marcha fatigosa que desespera a tantos. ¿Cómo, sin embargo, y a pesar de todo el nacionalismo ha crecido como una gran ola en un mar de tormentas, y concluirá por romper todos los diques?

¡Ah! lo sabemos bien. Es que el nacionalismo encarna la verdadera tradición de nuestro pueblo. Es que el nacionalismo es el alma verdadera de la Nación. Es que el nacionalismo anticipa, con una clara videncia, el mañana de nuestra Patria.

Tenemos todo en contra: organización política de partidos; organización social demagógica; organización económica y financiera, capitalista, plutocrática. Tenemos en contra la oronda burguesía del tanto por ciento, la cobarde comodidad de los irresolutos, la negación de los escépticos, la baba de los calumniadores, la prensa entera, la cátedra, los medios, en fin, de expansión. Pero tenemos con nosotros la juventud y la fe. Y asumimos la plenitud de la responsabilidad en la lucha. No queremos pactos o alianzas con ningún partido político, con ninguna conspiración. No queremos tutores. Cuando erremos, nuestras, únicamente, serán las culpas. Cuando triunfemos, ni siquiera entonces, el triunfo será nuestro. Porque no luchamos por nosotros. Luchamos por y para la Patria.

Aquí está, esta noche de Santa Fe, el nacionalismo en una de sus representaciones más nuevas. Aquí está el nacionalismo, hecho espiritual, hecho concreto, real, tangible, avasallante. Hecho real, que está saliéndose enterito de la vaina, y que por ser viril, de una sola pieza, sin remiendos, emplasto o ácido bórico, tiene la virtud, la enorme y sacrificada virtud de esperar su madurez, mientras dentro del organismo nacional bulle la sangre joven, ardiente, impetuosa, desbordante. Nacionalismo argentino, que va gritando a todos los vientos

de la Patria su presencia, que va conquistando día a día, como si fuera una trinchera, el alma de sus compatriotas.

Nacionalismo argentino, camaradas, amigos, que cuando diga con un gran grito: "¡Ahora yo!" todos los ecos de la Patria dirán también desde el Plata a los Andes y desde Jujuy a las Malvinas nuestras: "¡Ahora yo, ahora yo!... ahora yo!..."

Cuando ese grito se grite, con esta voz inmensa, profunda, clara, definida, rotunda, entonces, camaradas, amigos, hermanos argentinos, no habrá fuerza humana capaz de ponerle un dique, no habrá ni la más remota posibilidad de que este vasto edificio de mentiras, que es la organización liberal, laica, capitalista, marxista, burguesa y judaica de la República, no se venga abajo, como si fuera un castillo de naipes.